

Periódico católico de vanguardia

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FRANCISCO VITORIA, NÚM. 5. TELEFONO 1.805

Acción, acción y acción

De la Pastoral colectiva del Episcopado español fluyen multitud de sugerencias, que por la imposibilidad de espacio no podemos explayar.

Nos satisface en alto grado el que nuestras normas de acción hayan estado dentro de la Pastoral. Continuaremos nuestra actuación con más intensidad, si es posible.

Católicos salmantinos: es preciso que ni uno sólo de nosotros permanezca inactivo. Asociaciones católicas en abundancia existen en nuestra provincia. Hay que vivificarlas y reanimarlas. Dad todos vuestros nombres a dichas asociaciones; pero, sobre todo, favorecedlas con vuestra acción.

Las asociaciones femeninas «Acción Católica de la Mujer» y «Asociación Femenina de Acción Ciudadana», están dando una lección a los «preclaros varones católicos» que no hacen absolutamente nada.

No bastan las Asociaciones de Antiguos Alumnos y las Congregaciones Marianas. Hay que reanimar esas Juventudes y hacerlas cumplir el fin para que fueron instituidas.

La multitud de niños que cada año salen de las escuelas católicas a los talleres e institutos, abandonan, en su gran mayoría, el campo de acción, ya que no pasan a engrosar las filas de los contrarios.

Todo esto es menester remediarlo.

Excelentísimo señor Obispo: de vuestra paternal actividad esperamos en los críticos momentos por que atravesamos, que reanimaréis los pechos de los católicos para multiplicar su actividad en la lucha.

A nuestro humilde entender, urge la reunión de una asamblea de juventudes, para saber con qué fuerzas contamos, y la reapertura del Centro Obrero Católico.

Sabemos de muchos jóvenes que trabajan y están dispuestos a sacrificarse aún más por la causa católica.

DIVULGACIONES SOCIALISTAS

La tierra es para quien la trabaja

El terrateniente don Crótido está muy preocupado con la reforma agraria que se le acerca. Hombre trabajador, pero sin «enchufes». Ha logrado una fortuna bien redondeada, repoblando de viñedo los extensos terrenos esteparios que heredó de sus padres. En la empresa puso y arriesgó todo su capital; mas ahora ve remunerado el sacrificio con pingües cosechas que llenan sus bien provistas bodegas.

Zanganillo, presidente o cabecilla de la sociedad obrera, que no há mucho fundó en el pueblo un famoso y bravo chupóptero de la ciudad, discute con don «Croti». Discuten en buena lid. Al fin y al cabo, de la hacienda de don «Croti» vive todo el pueblo y, ni es mal amo, ni taño patrón. Pero, ¡qué carambal, hay que hacer unos pinitos terroristas para demostrar al amo que todos somos iguales, por si las moscas.

—Don «Croti»—le dice el terrorista aprovechando la ocasión en que está delante uno de sus más fieles gañanes—. No le dé usted vueltas. Lo justo es esto: «la tierra es para quien la trabaja.»

—Para quien la cultiva, querrás decir, Zanganillo. No debe ser sólo el trabajo manual e inmediato fuente de propiedad.

—Déjese usted de tonterías. «El que no trabaja, que no coma»—dijo Jesucristo.

—San Pablo, Zanganillo, San Pablo. Pero, ¿quién te ha dicho a tí que yo no he trabajado y trabajo? ¿No eras tú quien me llamabas loco cuando me viste plantar el viñedo? Se arruina usted. Pierde usted el dinero, el tiempo y la salud—me decía. ¿A qué viene ahora eso de llamarse a la parte como el dueño y más que el dueño? ¿Arriesgaste tu capital? ¿Dejaste de cobrar alguna vez tu salario?

—La tierra es para quien la trabaja, y nada más, don Crótido. Eso dice este papel.

—¿Qué papel?

—Este.

Y le enseñó un semanario marxista, que jamás se ha preocupado de explicar sus ideas, por miedo a que lo apabullen. Le sobra papel y le falta caletre. No es de extrañar que sus lectores nada sepan de marxismo.

—Hombre, a propósito—dice don «Croti»: ¿por qué no reparte sus honorarios el abogado que lo dirige, con el botones y la mecanógrafa? Debe ser más democrático repartirlo con la barragana.

—Que se sale usted del tiesto, don «Croti». La tierra es para quien la trabaja.

—Ni para quien la trabaja, Zanganillo. En toda doctrina socialista la tierra es para el Estado, como el gordo de la lotería, o para sus testaferros, que es lo peor y más probable.

A todo esto, el gañán, que había escuchado en silencio la discusión, dijo con ladina cazarería:

—Digo yo que si la tierra es para quien la trabaja, poco trozo nos toca a tí y a mí, Zanganillo, porque en este pueblo quien más trabaja la tierra son los bueyes y las mulas.

Ansiosos estamos de ver demostrado un principio socialista en los periódicos que de tales blasonan, para reconocer su razón; pero, «que si quieres arroz, Catalina». Eso es pedir peras al olmo. Los tios de los camelos saben que no hay mejor palabra que la que está por decir. Gracias que poquito a poco vamos nosotros exponiéndolas. ¡Venga ya, hombre, venga ya! Pero los socialistas españoles, antes que «trabajadores» son cleróforos, enchufistas y chupópteros.

SAMUEL BLASCO

LA VERDADERA DEMOCRACIA

Las Hermanitas de los Pobres

Con toda la veneración, con toda la admiración que nos producen estas mujeres heroicas y abnegadas, escribimos estas breves y pobres cuartillas.

No hemos de hablar de lo mucho que han hecho por el obrero salmantino en la construcción del nuevo edificio que hoy tienen. ¡Cuántos de estos obreros desvalidos, cargados de una ancianidad meritoria, mientras sus líderes se entretienen en discutir un mejoramiento que nunca llega, encuentran este hogar maternal, donde mujeres en la flor de la vida, hechas pobres por amor de los pobres, mendigarán su sustento y cerrarán piadosamente sus ojos!

El hogar de los pobres

Por su hermano el pobre, estas mujeres se rebajan a los más humildes y despreciables menesteres. ¿Que galardón, qué interés mueve estos corazones a tan penosos y despreciables trabajos? ¿Serán las calumnias, la mofa, el oprobio que plumas inmundas han vertido y vierten de continuo sobre su honra y su heroísmo?

Si los que persiguen injustamente a las religiosas, se tomasen la molestia de visitar este asilo salmantino, recibirían una inolvidable lección.

Limpieza. Esa es la nota distintiva de estos asilos. Aire puro, comida sana y abundante y, sobre todo, el cariño de estas pobrecitas de Dios que todo lo abandonaron para abrazarse a la pobreza. «La Buena Madre». He aquí el nombre cariñoso y simbólico que los pobres ancianos dan a la superiora. Y es que al llegar a la segunda infancia encuentran verdaderamente la nueva maternidad de la caridad cristiana.

La obra de las Hermanitas

Del año 1842 data la fundación, en Francia, de la primera casa de las Hermanitas y a partir de esa fecha se han extendido prodigiosamente por el mundo, apesar de las dificultades con que han tenido que luchar para ello. En la actualidad poseen unas 300 casas, repartidas por todas las naciones, principalmente en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, en las cuales albergan varios miles de ancianos de ambos sexos, a los que atienden con un celo inimitable.

En España, la primera casa que fundaron fué en Barcelona, en el año 1863, extendiéndose después por Cataluña y Andalucía, hasta nuestros días, en que tienen casas en casi todas las capitales y en bastantes pueblos de importancia; teniendo tres casas en Madrid y dos en Barcelona.

Su obra en Salamanca

La casa de Salamanca fué fundada en 1872,

ocupando hasta hace pocos años el edificio de la Plaza de Santa Eulalia, que han sustituido por el que ocupan actualmente de nueva planta, en el que los ancianos gozan de toda clase de comodidades, disponiendo de hermoso jardín, amplios e higiénicos dormitorios, enfermería, capilla, etc., y, sobre todo, del cariñoso trato de estas admirables monjitas que con una heroica paciencia saben sobrellevar las molestias propias de la edad, que le ocasionan los ancianos a ellas acogidos. Achicaríamos la caridad de estas monjitas si diésemos hora la prosa de una estadística impertinente ¡Fuera, pues, las cifras!

Recursos

Para llevar a cabo toda esta obra, no creas, lector, que las Hermanitas dispongan de extensos latifundios que le proporcionen pingües ingresos sin molestia ninguna, ni tampoco que disfruten subvención alguna del Estado. No, las Hermanitas, para realizar su obra, no cuentan más que con la caridad que imploran ellas mismas. Apenas habrá pueblo que no hayan visitado en su cochecito (fruto muchas veces de la misma caridad), sufriendo toda clase de incomodidades para poder proporcionar el sustento a sus queridos ancianitos.

Cuando, teniendo alguna necesidad, la caridad no se deja sentir oportunamente, entonces acuden a su gran bienhechor San José, al cual profesan singular devoción y cuya imagen ocupa lugar preferente en todas sus casas, sin que nunca les haya defraudado, sino que por el contrario, siempre les ha socorrido con largueza, sacándoles en innumerables casos de verdaderos apuros.

Comentarios

Aquí es donde se encuentra el verdadero sacrificio por el pueblo, la verdadera democracia y no la democracia del enchufe, que es la que a muchos interesa.

¿Cuál es el enorme delito que han cometido las Ordenes Religiosas para que sea tan necesaria su disolución y expulsión? Como no sea realizar una gran función social practicando en alto grado las Obras de Misericordia... Y si es esto, ¿qué concepto nos han de merecer unos gobernantes que consideran delictivo enseñar al que no sabe, dar de comer al hambriento, etcétera?

¿Qué sería de los ancianos recogidos por las Hermanitas si se llevara a cabo su disolución? Serían condenados, en nombre de la libertad y de la democracia, a verse completamente desamparados, pues con seguridad que no serían los jabalíes los que vendrían a socorrerles, y si vinieran a sustituir a las monjitas, ¿cómo notaríais, venerables ancianitos, que habíais perdido en el cambio!—M. L. E.

Salamanca, Enero 1932.

A NUESTROS LECTORES

La necesidad de un periódico católico que diga las verdades sin desmayos ni cobardías, donde todas las asociaciones puedan encontrar apoyo decidido y valiente, nos ha movido a ampliar nuestro campo de acción.

Con esto se acrecentará la eficacia en el deber primero que nos impulsamos: la defensa de los religiosos.

Poco hemos de variar en la conducta que hasta ahora hemos seguido. Ya saben todas las asociaciones católicas que desde hoy pueden contar con nuestra decidida colaboración.

Quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos

Amigo decimos que es aquel que busca sólo nuestro bien, y que, en todo momento, nos profesa afecto benévolo, puro y desinteresado, que crece y se fortalece con el trato.

Nuestros amigos

Quien primero merece el hermoso dictado de amigo, es Dios, nuestro Padre, nuestro principio y nuestro fin.

¡Qué sublimidad, qué misterio! Dios quiere ser nuestro amigo, y de hecho lo es. Amigo que no se cambia; amigo en las penas y en las alegrías y en cualquiera circunstancia y momento; amigo desinteresado, que se nos da como alimento y se nos ofrece en perpetua compañía como medicina universal, capaz de curar todas nuestras llagas y aptísimo para inundarnos de felicidad sempiterna. Amigo sin par, que da la vida por nosotros; amigo recto, que nos alaba y reanima de mil exquisitos modos, cuando obramos bien y nos reprende de mil finas maneras, si en algo delinquimos. Tal es Dios, nuestro mejor amigo.

El segundo amigo nuestro es la Esposa de Dios, la Iglesia, con toda su luciente jerarquía, desde el Papa a la cabeza con los Prelados, hasta el más humilde sacerdote.

La Iglesia es madre amantísima, que nos recibe en su seno a poco de venir a este misero mundo; la que conforta nuestro vivir con el ubérrimo alimento de su doctrina incomparable y siempre viva y con sus sacramentos santificadores; la que nos lava sin cesar la inmundicia que producimos; la que nos prepara para que, en santa paz, dejemos este vil suelo y entremos a poseer el paraíso, fin supremo que justifica toda su existencia.

La Iglesia, depositaria auténtica del espíritu de su Fundador, Jesús, es, después de Dios, quien con más dignidad y con más derecho puede ejercitar las funciones de nuestro verdadero amigo.

Todo aquél, pues, que, llamándose con la boca nuestro amigo, aspire a que prescindamos de Dios y de su Ley; todo aquél que nos incite a despreciar o a desoir a la Iglesia Santa y a sus legítimas potestades, es nuestro mayor enemigo, al que hemos de combatir con todos los medios lícitos a nuestro alcance. Pero antes de combatirlo, es menester conocerlo.

Nuestros enemigos

Ciego tiene que ser quien no vea que los actuales hombres revolucionarios de esta conservadora república, conceden a los problemas de enseñanza una importancia excepcional, y que ésta sube de punto en las cuestiones que más hondamente afectan a la escuela primaria.

Dominar la conciencia del niño, subyugar la del maestro, vaciarlas de lo que en ellas hay de recto y de santo, para después llenarlas de todo lo que no sea Dios; he ahí los blancos a donde se dirigen los envenenados y floridos dardos que arrojan los llamados prohombres de esta triste república.

Padecemos, por tanto, los católicos españoles a un Director general de Primera enseñanza que, sintiéndose tan dictatorial como César y más fuerte que Atila, amenaza en casi todos sus discursos a los beneméritos maestros, nada menos que con la definitiva despena, si se aferran en seguir siendo católicos, sin pa-

No hay calamidad ninguna en los estados burgueses, que no existan cien veces más aumentada en los soviets. Militarismo, capitalismo, proletariado, pauperismo, dictadura, represión, delación y una falta de libertad en todos los órdenes, que engendra una vida extraña, tormentosa, triste, exacerbada por la falta de religión y moral.

rarse a considerar si son o no expertos educadores, acabados ciudadanos en pleno disfrute de los derechos que la flamante Constitución les concede.

Y digo que padecemos los católicos españoles al Sr. Llópiz al frente de la Dirección general, porque las cuestiones de Primera enseñanza a él, como a segunda cabeza, por desgracia encomendadas, nos afectan a todos los católicos, pertenezcamos o no al benemérito cuerpo de los maestros nacionales.

Porque, si bien es verdad que los miembros de este respetado instituto se entregan, a cambio de un escaso jornal, en cuerpo y alma a la más difícil tarea, a la educación integral y proporcionada de todas las facultades del hombre desde que empieza a serlo; y en esa nobilísima misión, que el propio Sr. Llópiz no debe conocer, sino desde talanquera, muchos sucumben y todos le dedican su juventud, sudores y vida; no es menos cierto que los padres tienen perfectísimo e inalienable derecho a escoger y dirigir la educación de sus hijos y a que la religión y moral ocupen un lugar preeminente en la tarea educativa.

Es una obsesión del Sr. Llópiz la amenaza al maestro católico que, por el hecho de serlo, rinde más y es más cumplidor de sus deberes de educador ante Dios, ante el Estado y ante la sociedad, que el maestro anticatólico y sectario, que carente de la virtualidad que imprimen al alma las verdades de la Religión, hondamente sentidas y fielmente practicadas; envenenado con las ideas laicas completamente estériles y totalmente vanas, causa siempre de irreparables desgracias morales; es el prototipo del maestro inepto, del educador que educando deseduca, del pseudopedagogo, al que de un modo particular se pueden aplicar aquellas terribles palabras del mejor de los Maestros:

«¡Ay del que escandalizarse a uno de mis pequeños, porque mejor le sería que, atándolo por el cuello a una rueda de molino, fuera arrojado en el mar».

Leyendo la prensa reciente, sospecho que debe haber habido alguien que le haya enseñado los dientes al Director de Enseñanza y que ese alguien debió ser el Inspector de Toledo, Sr. Riera, que ante la propia cara del señor Llópiz, en el mitin de clausura de la Asamblea de la Confederación Nacional de Maestros, «censuró a los que han propugnado, incluso la expulsión de la enseñanza nacional de aquellos maestros que no sintiendo entusiasmo por el nuevo orden de ideas, y fustigó con certera frase el sectarismo de algún mal maestro que, al declararse voluntaria la enseñanza religiosa y la exclusión del Crucifijo de la escuela, entregó la imagen a los niños, que previamente instigados, se lanzaron a desmanes y desafueros».

A esto contestó el Sr. Llópiz—amainando velas—: «Que la república no ha pedido a los maestros una declaración de principios religiosos, ni ha dicho que el maestro haya de ser católico o no católico».

Y poco antes había dicho: «... Para libertar la conciencia del niño, hay que libertar la conciencia del maestro. Y este es el problema más grave, más delicado que habremos de abordar una vez que la Constitución se apruebe... se va a necesitar gran energía para evitar que esa clase de gente que lleva ropa exterior eclesiástica en el alma, prostituya las conciencias de los niños...»

Y en otras ocasiones: «... El maestro que tenga escrúpulos de conciencia para amoldarse al ideario de la República, puede marcharse con todos los honores que merece tan valiente decisión; mas si alguno queda aferrado al ideal contrario de esta República, a ese... no le daremos tiempo de marcharse, sino que lo echaremos».

Deslindemos el campo

¿A cuál de los dos señores serviremos los católicos, seamos o no maestros? La elección no es dudosa.

Cristo y la Iglesia, nuestros verdaderos amigos, nos enseñan, con infalible doctrina, el camino recto en cualquiera situación de la vida, por ajetreada y laberíntica que ésta sea: esta doctrina de Cristo y de la Iglesia es la antítesis de la que propugna el masón señor Llópiz.

Nuestra conducta

¿Qué harán, qué deberán hacer todos los que se sientan católicos y de un modo particular los señores maestros nacionales?

Ahora, más que nunca, unirse a Cristo con una vida sin tacha; abrazar toda la doctrina de la Iglesia, sin poner peros ni reparos a cualquiera que su enseñanza sea; seguir al pie de la letra las orientaciones de los Prelados, que lo son tales por elección del Espíritu Santo para conducir al pueblo católico, con inflexible certeza, al puerto de allá arriba.

Y ya que el Catecismo ha sido, como tal asignatura, desterrado incicuamente de la escuela; ya que, por desgracia, el Santo Crucifijo no preside, desde su trono, las tareas escolares; que los maestros nacionales se conviertan en catecismos vivientes, en imágenes perfectas del Crucificado...

Alerta, padres y maestros católicos. Que se quiere corromper a la niñez; que se pretende sobornar la fe de los educadores cristianos, a cambio de unas pesetillas de aumento espléndidamente bombeadas. Que hay unos hombres impíos (no importa que haya algunos turiferarios que los inciensan), masones por añadidura, enemigos mortales de Cristo y de su Iglesia, empeñados en deschristianizarlo todo y, en primer término, la límpida alma de los niños. ¡Qué empresa tan indigna!

Maestros, padres católicos: no perdais de vista a vuestros amigos; no quiteis tampoco el ojo de vuestros enemigos y de la prensa que los incienza y aplaude, entre la cual puede contarse «La Federación Escolar», desde algún tiempo a esta parte; de este semanario del Magisterio salmantino, nos ocuparemos en breve. Morir y perderlo todo, aun la carrera, antes que transmitir a la inocente niñez el venenoso y anticristiano ideario de nuestros enemigos.



La nueva sección de nuestro periódico, que comienza con este artículo, será la que dé cuenta detallada a nuestros lectores de las sesiones municipales, sólo en lo que se refiere a asuntos dignos de un breve o largo comentario, y no omitiremos ni pasaremos en silencio aquéllo que en beneficio de la ciudad realicen los ediles salmantinos.

Mas la labor que he tomado al comprometerme a hacer esta reseña, no es pequeña; no porque sea difícil reseñar y comentar una sesión cualquiera, sino porque la dificultad surgió con una nota que el actual alcalde don Casto, dió a raíz de tomar posesión de su cargo. Todos la leímos y releímos y todos gozamos largo rato con su lectura. Bien sabemos las amenazas que en ella se nos hacían, y de la misma manera que lo sabemos, no hacemos caso ninguno de sus amenazas terribles, ni pensamos, por ahora, que los tribunales puedan castigar las cuartillas de aquel periodista que, cumpliendo con su obligación, comenta en tono irónico o guasón una ocurrencia de un alcalde o un concejal.

El comentario que hizo «La Gaceta Regional» a dicha nota, fue lo que se merecía su autor, y los tribunales no han exigido aún ninguna responsabilidad, porque lo que se dijo bien dicho estaba.

Por otra parte, el art. 34 de eso que llaman Constitución, dice: «Toda persona tiene derecho a emitir libremente sus ideas y opiniones,

valiéndose de cualquier medio de difusión, sin sujetarse a la previa censura».

Por lo tanto, ese artículo nos confiere la suficiente autoridad para emitir nuestro juicio y opinión sobre cualquier asunto y de cualquier manera, sin previa censura, y he aquí que don Casto, violando este artículo, censura la labor de aquellos periodistas que comentan graciosamente su inaptitud y hasta les amenaza.

¿Por qué razón a este señor que viola así un artículo de la Constitución no se le aplica la «Ley de defensa de la República»?

Sin duda gozará de inmunidad parlamentaria por algún artículo que se nos haya pasado desapercibido y que diga que los pretendientes a diputados gozan de los mismos derechos que los diputados efectivos.

Un principio filosófico dice: «Nemo dat quod non habet», que en castellano significa: «Nadie da lo que no tiene». Pues, bien: he aquí que yo, deseoso de oír un discurso ciceroniano, voy a oír las palabras de don Casto al tomar posesión de su cargo. Mas... ¡qué decepción y qué chapucería más grandel! El señor Iscar no pudo menos de censurar duramente las imprudentes palabras del alcalde y obligarle a que rectificara, y apesar de que el señor Santa Cecilia quiso sacarle del apuro diciendo que en el calor de la improvisación podía haber herido a alguno de los presentes. ¿Sabéis qué dijo el señor Alcalde? Pues, que al decir vergonzosa derrota, quiso decir enorme. Es decir, vergonzosa, sinónimo de enorme. Será que se permite licencias poéticas o que habla en sentido figurado; de lo contrario, no sé qué es lo que se ha figurado.

Así de fatalmente comenzó a ejercer su cargo el que viene dispuesto a mantener el principio de autoridad a toda costa, pues este principio de autoridad había sido echado por tierra en la persona del señor Olivera. Y ahora voy a permitirme una pregunta: ¿El día que los obreros fueron a dar voces a la puerta de la casa de don Casto, pidiendo trabajo, el principio de autoridad se elevó? ¿Hasta dónde? Creo que lo único que se elevó algo fueron las voces de los obreros, que debieron de llegar, por lo menos, hasta el segundo piso; pero el principio de autoridad quedó a la altura del betún o de la peseta, que para el caso es lo mismo.

Y no olvide don Casto que esto o algo más le pasará, porque ya no se puede decir a los obreros ni prometer lo que se prometía en la campaña electoral; y que hasta ahora nada han dado, lo saben hasta los chinos. Al amigo Cordero ya se lo han recordado el otro día los obreros en Madrid. Pero como él, todos los demás; no pueden dejar de ser borregos, porque no se pueden quitar el nombre; no tardarán mucho en llevar su merecido.

No es lo mismo predicar que dar trigo.

Y para terminar, querido lector, ¿quieres saber el espectáculo que ofreció la primera sesión de este año? Lee:

Don Casto, sentado en el sillón presidencial, mascaba... Chicle; los concejales, unos sentados y otros volviendo la espalda a la presidencia, con una p... pierna sobre otra, apoyando el codo sobre el pupitre y la cabeza reclinada suavemente sobre la mano, charlaban con sus compañeros; otros inclinando la cabeza hacia adelante y apoyando los antebrazos sobre el pupitre, juntas las manos en actitud orante, parecían dormir, mientras el secretario leía con voz apagada papel tras papel.

Y luego dirán: Qué celoso es nuestro Ayuntamiento, si da gusto. Ya lo creo que da gusto con la calefacción que hay en el salón y lo mullido de los asientos... Amigo, eso se pesca pocas veces.

En vano los soviets procuran ocultar a los ojos de los extraños su miseria. Todo se llega a saber. Al lado de los que mandan, que son ya los verdaderos burgueses y capitalistas, un pueblo inmenso vive en la inmoralidad, en la tristeza, en la en la escasez, en la esclavitud.

NO PREVALECIERAN...

«¡Yo he abofeteado a Cristo!»

Con la vista puesta en los gobernantes de la República española, escribimos estas líneas.

El turco Plutarco Elías Calles, presidente de la República mexicana, padece la horrible enfermedad de la lepra. Un mal día, empujado por las logias masónicas, subió a la presidencia. Su obra gubernamental la recuerdan los católicos de México con verdadero pavor.

Porque el cretino presidente, usurpador y tirano, tiene en su haber asesinatos monstruosos, vilipendios que sonrojan, robos que avergüenzan, torrenteras de sangre que ahogan.

La excelsa Compañía de Jesús, esa Orden que no ha cometido más delito que el de, a fuerza de estudiar, oscurecer las inteligencias soberbias de malos fines laicos, no podía faltar a la cita de los mártires y de los perseguidos, y los hijos más preclaros de Ignacio de Loyola, los patriotas más fervorosos, cayeron bajo la cuchilla del turco asesino.

En su odio a la Religión Cristiana, un buen día llegó a decir: «Yo he tenido el placer de encontrar a Cristo en la calle y abofetearlo...»

Pasó la hora de su omnímodo poder; pasó la hora de las barbaries; pasó la hora de los martirios; pasó aquella hora inefable de las bofetadas deicidas y marchó tranquilo, alegre y confiado, a su mansión riquísima, a disfrutar de una pingüe fortuna amasada con sangre de católicos y rapiñas punibles. Hasta allí llegaron sus aduladores, que eran muchos, y hasta allí llegó el clamor levantado hasta el Cielo de inocentes víctimas y el vaho caliente de preciosa sangre y... hasta allí llegó Cristo, para exigirle cuentas de su blasfemia y de su imaginaria bofetada.

Y la visita de Cristo consistió en una terrible lepra que le corroe el brazo con el que firmó tantas sentencias de muerte...

El hedor que las llagas despiden es insoportable; en desbandada huyen, dejándole

abandonado, sus amigos de correría y de criminales bacanales...

Sólo, abandonado, crucificado en su propia carne, el ateo, el blasfemo, el que abofeteó a Cristo, el que martirizó a tantos religiosos y sagradas vírgenes, el que derramó la sangre a torrentes, con el diabólico fin de gozarse en el dolor de la víctima, vuelve sus ojos al Dios que le castigó y confiesa su impotencia... y se arrepiente.

¡Dios quiera escuchar al infeliz torturador de la conciencia católica mexicana! ¡Dios quiera que esa lepra cure su alma y sirva de expiación a sus muchos crímenes y maldades!

Y en esta hora de desolación para el perseguidor de Cristo, no encuentra a su lado amigo alguno; todos han huido, porque la lepra es fácilmente contagiosa.

Lavando sus llagas asquerosas, consolando su alma lacerada por el dolor, el olvido y el recuerdo de pasados crímenes, están los hijos de Iñigo de Loyola, los religiosos de la Compañía de Jesús, los más atrocemente perseguidos por el sanguinario expresidente de la República Mexicana.

¡Bien os vengáis, jesuitas!

¡Y pensar que también en España se les persigue y se les odia!

¡Ah!, pero es porque el pueblo vive engañado; es que la masonería imperante, que goza de nutrida representación en el Gobierno, está empeñada en destruir la Compañía de Jesús, y no repara en calumnias. ¡Pobres de vosotros el día que el dormido león hispano despierte!

¡Preparaos, vosotros, los perseguidores de la Iglesia Católica, para recibir sobre vosotros la lepra de la maldición humana y tal vez de la maldición divina!

¡Vosotros sois mortales y la Iglesia eternal! ¡No tiene prisa. Ella verá vuestra destrucción!

ROBESPIERRE

El rabino honorario y ministro de Instrucción

Sólo el agotamiento espiritual, la ausencia de virtudes radicales, el espasmo de una crisis que conmueve una civilización, justifica en silencio de esta pobre España, ante la actitud del ministro de Instrucción, el erasmista y judaizante, el untuoso y farisaico don Fernando de los Ríos.

Sirva esta amarga consideración para justificar estas cuartillas.

Verdaderamente hemos de confesar que el principio marxista del bien material previo, o la plenitud del relleno estomacal, justifica tal actitud de la raza hispana, ofendida por sus actuales gobernantes, denigrada en sus glorias más legítimas, en inoportuna ocasión en que desfallece famélica.

De la hedionda guardarropía de la leyenda negra ha exhumado el de los Ríos el inmundo harapo de una reivindicación trasnochada. En el parlamento español los padres de la Patria tributan, a solicitud del ministro sefardita, un cerrado aplauso a la raza deicida, como reparación a su éxodo del hispano solar. Las estatuas de los reyes católicos, hieráticas en sus hornacinas, debieran haber temblado de dolor y de indignación, como temblarán el día que el mismo venal parlamento claudique en la vergüenza de un estatuto denigrante.

Esa raza senófoba, que se vió envuelta en odios seculares del mundo entero, no tanto por la divina maldición cuanto por sus manejos políticos y usurarios, ha encontrado un paladín de su causa.

«Siento necesariamente la alegría, la satisfacción de verme rodeado de judíos y de árabes. Siento la satisfacción de verme en mi propia casa», ha dicho don Fernando de los Ríos en el centro israelita de Tetuán.

¿Será necesario repetir una vez más lo que ningún patriota ignora? Las luchas religiosas causaron tantos males en Europa, que la expulsión de los judíos y moriscos de España, será siempre alabada por todo historiador imparcial como un mal necesario que evitó una verdadera catástrofe: la guerra civil, que hubiese asolado a España hasta la extinción de una de las razas; que «no era bien criar la sierpe en el seno», como decía Cervantes. La tolerancia española con estas razas desgraciadas escandalizó a los europeos contemporáneos, pues la leyenda negra es posterior.

Situémonos en el plano histórico y cultural de la época y veremos que tales expulsiones fueron la selección de una raza, como seleccionan los nobles elefantes la suya, de aquellos vástagos que por su degeneración pueden contaminar a los demás.

No dudamos que la nación perdió mucho bien material con tal selección, pues los judíos asimilaban maravillosamente nuestra cultura,

¡Hay que ir a la desobediencia civil!

Este es el grito bélico del mahatma indio Gandhi para acabar—según él—con la despótica opresión británica. Y la guerra declarada a la imperial Inglaterra por el encanijado líder nacionalista, consiste, principalmente, en declarar el «boicot» a toda mercancía de origen inglés.

Algo parecido reclaman las circunstancias de los católicos españoles. Y la idea que vamos a exponer no es de mi propia invención, sino que ya antes fué realizada por los católicos alemanes e irlandeses, cuando vivieron los días nefandos por que atraviesa esta España que se quiere corromper por los que rigen sus destinos.

Desde el 14 de Abril, los españoles todos hemos podido aprender una excelente lección: los que enarbolaron la bandera del régimen republicano y la inmensa mayoría de los que la siguieron, se han juramentado para derrocar, a un tiempo mismo, la corona y la cruz. Conseguido el primer propósito, todos los anhelos del vacío republicanismo español van enderezados a destruir la conciencia católica nacional; a hundir—¡si pudieran!—la Religión de Cristo.

Hagamos breve historia.

En el Gobierno—receptáculo masónico—las lágrimas, las oraciones, los telegramas, las comisiones, los miles de firmas pidiendo y rogando piedad, justicia, comprensión para el catolicismo y sus excelsos jerarcas, han sido villanamente despreciados, teniendo una contestación digna de los tiranos usurpadores y secuestradores de la nación: expulsar al Cardenal Primado, a los Obispos de Málaga y Vitoria, a humildes religiosos; consentir, impasibles—y quizá componiendo trovas o dramas—la quema de los conventos, jirón el más vergonzoso, el que ha desacreditado para siempre a la República española; secularización de cementerios, implantación del divorcio—para no ser dueños ni de nuestra propia voluntad ni de nuestra propia familia—y mil atropellos más...

En el Parlamento—ridícula caricatura de un pueblo soberano—no se han oído otros aplausos más nutridos que los que se ofrecían a los que blasfemaban de Dios o ridiculizaban a sus ministros.

Hasta los Municipios y Gobiernos civiles han sido oficinas vergonzosas de represión católica.

que después propagaron por toda Europa.

Mas, he aquí que ahora nos quieren traer a España los sefardíes turcos y africanos, etcétera. ¿Qué cultura, qué ciencia, qué arte han desarrollado éstos? ¿Es que pretenden una nueva invasión de mendigos, ahora que tanto abundan en España? Porque no hay que darle vueltas. Los ricos judíos están muy agusto en sus residencias habituales.

Ahora resulta que también pagarán los vidrios rotos, Sisebuto, Pedro el Cruel, etc., etcétera. Ya no nos extraña lo de cierto Gobernador prohibiendo el estudio de la historia... por reaccionaria.

Don Fernando de los Ríos y los que corean sus reivindicaciones, darán ocasión de que se diga de la actual generación hispana que se orinó en las cenizas de sus padres. Perdón por la bárbara plasticidad de la expresión, pero es lo más exacto.

¿Qué más? En esta procesión hipócrita de patriotas falsos, nuevos Judas del régimen, que trafican con la honradez y la decencia nacional, no falta, no podía faltar la flamante Comisión Gestora de la Diputación. ¿Quién los ha elegido? El ansia de lucro insaciable oscurece el honor y la dignidad personal, y así se explica que continúen en un puesto al que nadie los ha llamado y en el que se han colado de rondón.

También éstos sienten pujitos de «clerofobia», por más que algunas cabezas visibles juren y perjuren que mamaron el catolicismo. ¡Lo habrán mamado, pero se les habrá convertido en cuajo!

Mientras las carreteras están que da asco y los pobres asilados de la beneficencia viviendo por puro milagro de la caridad pública y de las religiosas que los cuidan; mientras los caminos vecinales se los llevan las aguas llovidas; mientras los monumentos nacionales se arruinan apesar de su fabulosa riqueza artística y mientras ocurren mil cosas más, los diputados pueblerinos y algunos «neos» ciudadanos se preocupan de quitarle mil pesetas de subvención a un cura.

Católico, si olvidas esto, en toda tu vida eres indigno del apellido glorioso que llevas. Jamás olvides estas vergüenzas nacionales y... ¡obra! La lucha está presentada clarísimamente; los combatientes bien definidos.

Se trata de acabar con la Iglesia; se trata de defenderla; católicos y enemigos del catolicismo se disputan el campo. En esta guerra, como en todas, cualquier medio es lícito para destruir el enemigo. Los católicos hoy tenemos en nuestra mano un arma terrible, que es espada de dos filos y por los dos hiere y por los dos mata.

Uno, el empleado últimamente por los católicos mejicanos: no comprar sino lo estrictamente necesario; nada de lujos, nada de cosas superfluas; los teatros deben quedar desde ahora mismo desiertos, abandonados por los que se llamen y cean católicos; la prensa contraria debe despreciarse; en los comercios e industrias que no sean católicos, que no sean de los nuestros, debemos poner un letrero donde diga: «Leprosería. ¡Huir de él!»

A los enemigos del catolicismo, que los mantengan los que no sean católicos; para los nuestros, toda la propaganda y todo el apoyo.

Si ponemos esto en práctica con decisión, podremos retar al «presidente de la zancadilla, el pulcro literato señor Azaña», que repita su exquisita frase: «España dejó de ser católica el 14 de Abril».

¡Católicos españoles y salmantinos! Es un deber nuestro declarar el «boicot» a los que no sean católicos.

Si no lo hacéis, no tenéis noción de vuestra dignidad, ni de vuestras gravísimas obligaciones.

ONOFRE CASTELLANOS

DEFENSA necesita la ayuda de sus lectores para convertirse en semanal. La mejor ayuda es proporcionarnos muchos suscriptores. No podemos acometer nuestros proyectos, sin una base económica segura.

